

BETWEEN

para José Saavedra

Enlazados en las ruinas del desnivel, los más fáciles elogios que permanecen inalterables en él esconden siempre la ambigüedad que caracterizaba, en otro tiempo, los inútiles modales de aquellos caballeros que, como Wilde, habían llevado el gesto hasta las últimas parcelas del refinamiento. Su derecha, como ejerciendo cualquier insostenible grado de extravagancia, establece a su sombra la edulcorada sonrisa esbozada ya en una célebre pintura renacentista. Su voz nos llega en forma de lúgubres exclamaciones que rebusan siempre la más intransigente y amarga disyuntiva. No porque su edad establezca generalmente valores caducos, que le impedirían dar el necesario salto, convoca a la Historia; no porque un leve comentario irresponsable devore, momentáneamente, la abúlica madeja de su razón: es la misma eternidad la que le impulsa, ¿fugitivo?, a acaparar temporalmente todo ese espacio que tras sus espaldas, se acumula en el legendario trayecto de su huida. De aquí el espejo, el tétrico reflejo levemente anaranjado que incorpora, ante su frente, la anecdótica palabra embalsamada en el tiempo, aquel que en las puertas de la hipócrita y pacífica convivencia enarbolaba mitos juveniles y restablecía a la vez las directrices apropiadas del consumo.

Todo aquello no es que exija gusto y determine necesariamente una vinculación unívoca frente al arte, ideológicamente hablando, pero necesita en la mayor parte de los casos de una esmerada preparación por los comprometidos caminos de la independencia; a menos que una herencia zodiacal le conceda una ventajosa conciencia acerca del universo decadente que le rodea. Porque la belleza, como todo valor estéril, virtuoso, acaba por recriminar cuantos sentimientos ennoblezcan la trayectoria, independientemente de las intenciones reales de todos los participantes en dicha empresa: orgullosa, la relación teje su vestido entre palabras sueltas, dispersas disgresiones, entrevistas, creyendo contribuir con ello a una amistad lógicamente duradera bajo un signo en apariencia favorable, cuando en realidad, éste, connota al margen todo cuanto de perfidia quepa en la madeja a fin de que, transcurrido el tiempo necesario, cuantos acontecimientos provoquen censuras y pretendidas humillaciones, aquella termine por confirmar que el supuesto vestido no es más que la adulterada sombra de un collage. Y llegados aquí cualquier intervención valorativa se desplaza por esa serie de caprichosas leyes indiscifrables que al principio enumeramos desordenadamente. Más allá del bien y del mal se establece, para él, el espacio de su vida, escenografía multiforme de un personaje; donde se apura el sorbo singular que no eligió: su destino.

A veces, es lícito conmemorar (lejos de convencionalismos) la relación real entre los seres, pero cuando se es el principio (Aries) el hombre no necesita de los otros su fidelidad; necesita, al fin, su inteligencia.

Octavio Zaya

